

SARRASINE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1888 MONTERREY, MEXICO

À don Carlos de Bernard du Grail.

Estaba yo sumido en una de esas profundas meditaciones que se apoderan de todo el mundo, hasta del hombre más frívolo, en el seno de las fiestas más tumultuosas. Acababan de dar las doce en el reloj del Eliseo Borbón. Sentado en el alféizar de una ventana y oculto tras los ondulados pliegues de una cortina, podía contemplar á mi gusto el jardín del palacio en que pasaba la velada. Los árboles, cubiertos casi de nieve, se destacaban débilmente del fondo grisáceo de un cielo nebuloso iluminado apenas por la luna. Vistos en el seno de aquella atmósfera fantástica, parecían vagamente espectros mal envueltos en sus sudarios, imágenes gigantes de la famosa *danza de los muertos*. Después, volviéndome al otro lado, podía adivinar la danza de los vivos, un salón espléndido con paredes cubiertas de oro y de plata y deslumbrantes arañas. Allí hormigueaban, se agitaban y bullían las mujeres más bonitas de París, las más ricas, las más nobles, brillantes, pomposas, deslumbrantes de diamantes, con flores en la cabeza, en el pecho, en los cabellos y en sus trajes, y con guirnaldas á sus pies. Había allí ligeros estremecimientos, pasos voluptuosos que ponían en movimiento los encajes, la blonda, la gasa y la seda. Algunas relucientes miradas despuntaban aquí y allí eclipsando las luces y el brillo de los diamantes y animando á corazones demasiado amantes. Se percibían también movimientos de cabeza muy

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1888 MONTERREY, MEXICO

ALFONSINA

significativos para los enamorados y actitudes negativas para los maridos. Los gritos de los jugadores á cada jugada imprevista y el ruido del oro se mezclaban con la música y con el murmullo de las conversaciones, y para acabar de aturdir á aquella multitud embriagada con todas las seducciones que el mundo pueda ofrecer, un vapor de perfume y la embriaguez general influían sobre las excitadas imaginaciones. De este modo, á mi derecha la sombría y silenciosa imagen de la muerte; á mi izquierda las atractivas bacanales de la vida; allá, la naturaleza fría, triste, de luto; aquí, los hombres entregados al goce. Colocado yo en la frontera de estos dos cuadros tan disparatados, que repetidos mil veces de mil diversas maneras convierten á París en la ciudad más divertida y más filosófica del mundo, hacía yo un potaje de moral medio jocoso y medio fúnebre. Con el pie izquierdo señalaba la línea divisoria y creía tener el otro ya en la tumba. En efecto, mi pierna estaba helada por uno de esos vientos colados que le hielan á uno la mitad del cuerpo, mientras que el otro siente el suave calor de los salones; accidente este que suele ser bastante frecuente en un baile.

—¿Hace ya mucho tiempo que el señor de Lanty posee este palacio?

—Sí, pronto va á hacer dos años que lo vendió el mariscal Carigliano.

—¡Ah!

—¿Pero estas gentes deben tener una inmensa fortuna?

—Por fuerza.

—¿Qué fiesta! se ve aquí un lujo verdaderamente insolente.

—¿Cree usted que serán tan ricos como el señor de Nucingen ó el señor de Gondreville?

—Pero ¿no sabe usted?

Entonces yo saqué la cabeza y reconocí á los dos interlocutores por pertenecer á esa clase de gente curiosa que se ocupa exclusivamente en París de los ¿*Por qué?* de los ¿*Cómo?* ¿*De dónde vienen?* ¿*Quiénes son?* ¿*Qué hay?* ¿*Qué ha hecho?*

Ambos se pusieron á hablar en voz baja y se alejaron para ir á charlar más á gusto sentados en un solitario canapé. Jamás misterio más fecundo se había presentado para excitar la curiosidad de los infatigables curiosos. Nadie sabía de qué país venía la familia de Lanty, ni de qué comercio, de qué explotación, de qué piratería ó de qué herencia provenía una

fortuna estimada en varios millones. Todos los miembros de aquella familia hablaban el italiano, el francés, el alemán, el inglés y el español con bastante perfección para hacer suponer que habían permanecido mucho tiempo en estos países. ¿Eran bohemios? ¿eran filibusteros?

—Aunque sean el diablo, lo cierto es que reciben á las mil maravillas—decían unos jóvenes políticos.

—Aunque el conde de Lanty haya robado á algún *Casauha*, lo cierto es que yo me casaría con su hija—exclamaba un filósofo.

¿Quién no se hubiera casado con Marianina, joven de diez y seis años, cuya belleza realizaba las fabulosas concepciones de los poetas orientales? Como la hija del Sultán en el cuento de la *Lámpara maravillosa*, debería permanecer siempre velada. Su canto eclipsaba los incompletos talentos de las Malibran, de las Sontag, de las Fodor, en las que una cualidad dominante ha excluido siempre la perfección del conjunto; mientras que Marianina sabía unir á una gran pureza de sonidos la sensibilidad, la precisión de los movimientos y de las entonaciones, el alma y la ciencia, la corrección y el sentimiento. Aquella muchacha era el tipo de esa poesía secreta, lazo común de todos los artes, que huye siempre de los que la buscan. Cariñosa y modesta, instruída é inteligente, nadie podía eclipsar á Marianina á no ser su madre.

¿Habéis encontrado nunca alguna de esas mujeres cuya esplendorosa belleza burla los ataques del tiempo y que parecen más deseables á los treinta y seis años que cuando debían tener quince? Su cara denota un alma apasionada, deslumbra; cada facción está iluminada por la inteligencia y cada poro posee un brillo particular, sobre todo al resplandor de las luces. Sus ojos seductores atraen, rechazan, hablan ó enmudecen; su paso posee imponente inocencia, y su voz despliega las melodiosas riquezas de los tonos más suaves y cariñosos. Un movimiento de sus cejas, el menor destello de sus ojos, sus labios que se cierran, imprimen una especie de terror á los que hacen depender de ella su vida y su dicha. Inexperta en el amor y dócil á las palabras, una joven puede dejarse seducir; pero para esta clase de mujeres el hombre debe saber callar cuando al meterse su amada en su cuarto la camarera le aplasta los dedos con la juntura de la puerta. Amar á estas poderosas sirenas ¿no es jugarse la vida? He

aquí por qué las amamos apasionadamente. Tal era la condesa de Lanty.

Filipo, hermano de Marianina, tenía, como su hermana, la belleza maravillosa de la condesa. Para decirlo todo en una palabra, baste saber que aquel joven era una imagen viva del Antinos, aunque de formas más delicadas. Pero, ¡cuán bien armonizan esas débiles y delicadas perfecciones cuando una tez aceitunada, unas cejas pobladas y el fuego de una mirada penetrante prometen para el porvenir pasiones voluptuosas y generosas ideas! Si Filipo resultaba para todas las jóvenes un tipo ideal, permanecía también en el recuerdo de todas las madres como el mejor partido de Francia.

La belleza, la fortuna, el talento, las gracias de aquellos dos muchachos les provenían únicamente de su madre. El conde de Lanty era pequeño, feo y raquítico, sombrío como un español y antipático como un banquero. Por lo demás, pasaba por profundo político, tal vez porque se reía pocas veces y citaba siempre á Metternich ó á Wellington.

Aquella misteriosa familia tenía todo el atractivo de un poema de lord Byron cuyas dificultades eran traducidas de diferente manera por cada persona del gran mundo: un canto obscuro y sublime de estrofa en estrofa. La reserva que los señores de Lanty guardaban acerca de su origen, de su existencia pasada y de sus relaciones con las cuatro partes del mundo, no hubiese sido mucho tiempo motivo de asombro en París, donde se comprende tal vez mejor que en ningún otro país el axioma de Vespasiano. Allí el oro lo representa todo, aunque esté manchado de sangre y barro. Con tal que la buena sociedad sepa el importe de vuestra fortuna, basta para clasificaros entre los que tienen una fortuna igual, y nadie os pide vuestros pergaminos porque todo el mundo sabe lo poco que cuestan. En una villa donde los problemas sociales se resuelven por medio de cuestiones algebraicas, los aventureros tienen muchas ventajas á su favor. Suponiendo que aquella familia hubiese sido bohemia de nacimiento, era tan rica y tan simpática que la alta sociedad podía perdonarle sus pequeños misterios. Pero, por desgracia, la historia enigmática de la casa de Lanty resultaba un constante motivo de curiosidad muy semejante al de las novelitas de Ana Radcliffe.

Los observadores, esas gentes que se interesan por saber

en qué almacén compráis los candelabros, ó que os preguntan el precio del alquiler cuando vuestra habitación les parece buena, habían notado de tarde en tarde en medio de las fiestas, de los conciertos y de los bailes dados por la condesa, la aparición de un extraño personaje. Era un hombre. La primera vez que se presentó en el palacio fué durante un concierto, atraído al parecer al salón por la encantadora voz de Marianina.

—Hace un momento que tengo frío—dijo á su vecino una dama sentada cerca de la puerta.

El desconocido, que estaba cerca de aquella señora, se fué.

—¡Qué cosa más singular! ahora tengo calor—dijo aquella señora después que el extranjero se hubo marchado.—Tal vez me llame usted loca, pero no puedo menos de pensar que mi vecino, ese señor vestido de negro que acaba de marcharse, era la causa de mi frío.

La exageración propia de las gentes de la elevada sociedad no tardó en sugerir las ideas más chistosas y más extravagantes, y los cuentos más ridículos acerca de aquel misterioso personaje. Sin ser precisamente un vampiro, un hombre artificial, una especie de Fausto ó de Robin de los bosques, participaba, según decían las gentes amigas de lo fantástico, de todas estas naturalezas antropomórficas. No faltaban inocentes que tomaban por realidades estas ingenuas burlas de la maledicencia parisiense. El extranjero era sencillamente un anciano. Algunos de aquellos jóvenes, acostumbrados á definir todos los días á Europa por medio de una frase elegante, se empeñaban en ver en el desconocido á un gran criminal lleno de inmensas riquezas. Algunos novelistas contaban la vida de aquel anciano y daban detalles verdaderamente curiosos acerca de las barbaridades cometidas por él mientras estuvo al servicio del príncipe Mysore. Algunos banqueros, gentes más positivas, contaban una fábula especial.—¡Bah! decían encogiéndose de hombros—ese viejecito es una cabeza *genovesa*.

—Caballero, si no es indiscreción, ¿querría usted decirme lo que entiende por cabeza *genovesa*?

—Señor mío, quiero decir que es un hombre de cuya vida dependen enormes capitales y sobre todo las rentas de esta familia.

Recuerdo haber oído en casa de la señora de Espard á un magnetizador que probaba por medio de considera-

ciones históricas muy rebuscadas que aquel anciano guardado bajo un fanal era el famoso Balsamo, llamado Cagliostro. Según aquel moderno alquimista, el aventurero siciliano había escapado de la muerte y se entretenía en hacer oro para sus nietos. En fin, el baile de Ferette aseguraba que había reconocido en aquel singular personaje al conde de Saint-Germain. Estas tonterías, dichas con el tono ingenioso y con el aire burlón que caracteriza en nuestros días á una sociedad sin creencias, mantenía vagas sospechas acerca de la casa de Lanty, y, por un extraño concurso de circunstancias, los miembros de aquella familia justificaban las conjeturas del mundo observando una conducta bastante misteriosa con aquel anciano, cuya vida permanecía oculta á todas las miradas.

Si aquel personaje franqueaba el umbral de la habitación que se decía que ocupaba en el palacio de Lanty, su aparición causaba siempre una gran sensación en la familia. Se hubiese dicho que era aquello un acontecimiento de gran importancia. Filippo, Marianina, la señora de Lanty y un anciano criado eran los únicos que tenían derecho á ayudar al desconocido á caminar, á levantarse y á sentarse. Todos vigilaban sus menores movimientos y parecía que fuese un personaje encantado de quien dependiese la dicha, la vida ó la fortuna de todos. ¿Era temor ó afecto? Las gentes no podían ver ningún indicio que les ayudase á resolver este problema. Oculto durante meses enteros en el fondo de un santuario desconocido, aquel genio familiar salía de pronto como furtivamente, sin ser esperado y aparecía en medio de los salones como aquellas hadas de antaño que descendían de sus voladores dragones para ir á turbar las solemnidades á que no habían sido invitadas. Entonces los observadores más perspicaces eran los únicos que podían ver la inquietud de los amos de la casa, los cuales sabían disimular sus sensaciones con singular habilidad. Pero á veces, al mismo tiempo que bailaba un rigodón, la sencilla Marianina dirigía una mirada de terror al anciano, que la vigilaba en medio de los grupos, ó bien Filippo se deslizaba á través de la multitud para ir á unirse á él y permanecía á su lado atento y cariñoso, cual si el contacto de los hombres ó el menor soplo pudiese dar la muerte á aquella extraña criatura. La condesa procuraba aproximarse á él, cual si lo hiciese sin intención, y después, empleando modales tan llenos de

servilismo como de ternura, de sumisión como de despotismo, le decía dos ó tres palabras á las que se avenía casi siempre el anciano, desapareciendo en compañía de ella. Si la señora de Lanty no estaba allí, el conde empleaba mil estratagemas para aproximarse á él, y una vez á su lado parecía que el anciano le hacía poco caso, siendo generalmente tratado por el conde como un niño mimado cuya madre escucha sus caprichos ó teme sus rabietas. Habiéndose aventurado algunos indiscretos á interrogar imprudentemente al conde de Lanty, este hombre frío y reservado fingió siempre no comprender la pregunta de los curiosos. De modo que después de muchas tentativas, burladas siempre por la circunspección de todos los miembros de aquella familia, nadie intentó descubrir un secreto tan bien guardado. Cansados de luchar, los espías de los salones, los papamoscas y los políticos acabaron por no ocuparse más de este misterio.

Pero en este momento tal vez había en el seno de aquellos resplandecientes salones algunos filósofos que, al mismo tiempo que tomaban un helado ó un sorbete, ó que colocaban sobre una consola un vaso lleno de ponche, se decían:

—No me asombraría saber que estas gentes son unos bribones. Ese viejo que se esconde y no se presenta más que en los equinoccios y en los solsticios tiene todo el aspecto de un asesino.

—O de un quebrado.

—Que es, poco más ó menos, lo mismo, porque matar la fortuna de un hombre es á veces peor que matarle á él mismo.

—Caballero, yo he apostado veinte luises y tengo que cobrar cuarenta.

—Señor mío, sobre el tapete no había más que quince.

—Hombre, aquí se habla demasiado y no es posible jugar.

—Hace ya seis meses que no hemos visto al espíritu. ¿Cree usted que sea un ser vivo?

—He llegado á dudarlo.

Estas últimas palabras eran dichas cerca de mí por desconocidos, en el momento en que yo resumía con un pensamiento último mis reflexiones, mezcladas de frío y de calor, de vida y de muerte. Mis ojos y mi loca imaginación se ocupaban alternativamente de la fiesta llegada á su más alto

grado de esplendor y del sombrío cuadro de los jardines. No sé cuanto tiempo medité acerca de estos dos lados de la medalla humana; pero lo que sí sé es que de pronto me sacó de mis reflexiones la risa ahogada de una joven, y al ver la imagen que se ofreció á mis ojos, quedé estupefacto. Por uno de esos raros caprichos de la naturaleza, el pensamiento medio fúnebre que ocupaba mi cerebro se había salido de él y se encontraba en mi presencia personificado, animado, había brotado como Minerva de la cabeza de Júpiter, grande y fuerte, tenía á la vez cien años y veintidós, estaba vivo y muerto. Escapado de su cuarto como un loco de su celda, el ancianito, se había deslizado ocultamente y estaba detrás de un grupo de personas atentas á la voz de Marianina. Parecía haber salido de bajo tierra empujado por algún mecanismo de teatro. Inmóvil y sombrío, permaneció durante algunos instantes contemplando aquella fiesta, cuyo murmullo había llegado sin duda á sus oídos. Su preocupación, casi de sonámbulo, estaba tan concentrada en las cosas, que se hallaba en medio del mundo sin ver siquiera á la gente. Había surgido sin ceremonia al lado de una de las mujeres más encantadoras de París, bailarina elegante y joven, de delicadas formas, una de esas figuras tan frescas como la de un niño, blanca y rosada, y tan frágil, tan transparente, que la mirada de un hombre parece que ha de atravesarla, como los rayos del sol atraviesan un cristal puro. Ambos estaban allí ante mí, juntos, unidos y tan apretados, que el extranjero rozaba el traje de gasa de la joven, sus guirnaldas de flores y sus cabellos ligeramente rizados.

Yo había sido el que había llevado á aquella joven al baile de la señora de Lanty, y como era la primera vez que iba á aquella casa, yo le perdoné su ahogada risa; pero le hice una seña tan imperiosa, que interrumpió de pronto su risa y miró con respeto á su vecino. La joven se sentó á mi lado. El anciano no quiso dejar á aquella deliciosa criatura, por la cual sintió esa caprichosa simpatía de que son susceptibles las gentes de mucha edad y que es una de las cosas que les hace parecer niños. Para sentarse al lado de la joven le fué preciso tomar una silla. Sus menores movimientos denotaban esa torpeza y esa estúpida indecisión que caracteriza los gestos de un paralítico, y se sentó con lentitud en su silla gruñendo algunas palabras ininteligibles. Su

voz cascada se pareció al ruido que hace una piedra al caer en un pozo. La joven se apresuró á estrecharme la mano, cual si quisiese evitar su caída en un precipicio, y tembló cuando aquel hombre, que la miraba, fijó en ella sus dos ojos fríos y yertos que sólo podían compararse al nácar empañado.

—Tengo miedo, me dijo la joven acercándose á mi oído.

—Puede usted hablar en voz alta, porque es un poco sordo, le respondí.

—¿Le conoce usted, pues?

—Sí.

Entonces la joven se aventuró á examinar un instante á aquella criatura sin nombre en el lenguaje humano, forma sin substancia, ser sin vida, ó vida sin acción. La muchacha estaba bajo el encanto de esa tímida curiosidad que lleva á las mujeres á procurarse emociones peligrosas, á ver tigres encadenados y á mirar boas, para espantarse ante la idea de que sólo están separadas de ellos por débiles barreras. Aunque el ancianito tenía la espalda encorvada como la de un jornalero, se notaba fácilmente que su estatura debía haber sido ordinaria. Su excesiva delgadez y la decadencia de sus miembros probaban que sus proporciones habían sido siempre esbeltas. Llevaba un calzón de seda negra que flotaba en torno de sus descarnados muslos formando pliegues como una vela amainada. Un anatomista hubiese reconocido en seguida los síntomas de una espantosa tisis al ver las piernecitas que servían para sostener aquel extraño cuerpo. Hubieseis dicho que aquello eran dos huesos puestos en cruz sobre una tumba. Se apoderaba del corazón un sentimiento de profundo horror por el hombre, cuando la fatal atención le revelaba á uno huellas impresas por la decrepitud en aquella casual máquina. El desconocido llevaba un chaleco blanco con bordados de oro á la moda antigua, y su camisa interior llamaba la atención por su excesiva blancura. Una pechera de encaje de Inglaterra, cuya riqueza hubiese sido envidiada por una reina, cubría su pecho; pero en él, aquel encaje era más bien un andrajo que un adorno. En medio de aquella pechera brillaba como el sol un diamante de incalculable valor. Aquel lujo rancio, aquel tesoro intrínseco y sin gusto, hacía resaltar aún más la cara de aquel ser extraño. El marco era digno del retrato. Aquella cara negra era angulosa y estaba descarnada en

todos los sentidos. La barba estaba hundida, las sienas hundidas, y los ojos se perdían en el fondo de dos órbitas amarillas. Los huesos maxilares, salientes á causa de la indescriptible delgadez del anciano, formaban cavidades en medio de la mejilla. Estas gibosidades, más ó menos iluminadas por las luces, produjeron sombras y reflejos curiosos que acababan de quitar á aquel rostro los caracteres de la faz humana. Además, los años habían pegado con tal fuerza los huesos y la piel amarilla y fina de aquella cara, que ésta formaba multitud de arrugas, cual el agua enturbiada por el guijarro que arroja un niño, pero tan profundas y tan unidas como las hojas en el canto de un libro. Algunos ancianos ofrecen á veces aspecto más horrible, pero lo que contribuía más á dar apariencias de creación artificial al espectro que se había presentado ante nosotros, eran los colores blancos y rojos que relucían en su cara. Las cejas estaban iluminadas por la luz de una araña que hacía ver una tintura primorosamente hecha. Afortunadamente para los ojos entristecidos ante tantas ruinas, su cadavérico cráneo estaba tapado por una peluca rubia cuyos innumerables rizos denotaban extraordinaria presunción. Por otra parte, la coquetería femenina de aquel personaje fantasmagórico era anunciada bastante á las claras por las arracadas de oro que pendían de sus orejas, por los anillos que brillaban en sus menudos dedos y por una leontina que relucía como las piedras de un aderezo en el cuello de una mujer. En fin, aquella especie de ídolo japonés conservaba en sus labios una risa fija y constante, implacable y burlona como la de una cabeza de muerto. Silencioso é inmóvil como una estatua, exhalaba ese olor á almizcle de las ropas viejas que los herederos de una duquesa sacan de los cajones durante un inventario. Si el anciano volvía los ojos hacia el baile, parecía que el movimiento de aquellos globos se hubiese realizado por medio de un artificio imperceptible, y cuando los ojos se detenían el que los examinaba acababa por dudar de que se habían movido.

Ver al lado de aquellos despojos humanos á una joven cuyo cuello, brazos y pecho eran blancos como la nieve y estaban desnudos, cuyas formas llenas eran deslumbrantes de belleza, cuyos cabellos inspiraban amor, cuyos ojos relucían y parecían despedir luz, cuyos rizos resultaban vaporosos y cuyo perfumado aliento embalsamaba la atmósfera, era

la vida al lado de la muerte, un arabesco imaginario, una horrible quimera.

—Y sin embargo muchas veces en el mundo se realizan matrimonios de este género—me dije para mis adentros.

—Huele á cementerio—exclamó la joven espantada, estrechándome la mano como para estar segura de mi protección y haciendo movimientos que denotaban su gran miedo.—Es una horrible visión, y no me sería posible permanecer aquí mucho tiempo. Si lo vuelvo á mirar, llegaré á creer que la muerte ha venido á buscarme. Pero ¿vive?

Y esto diciendo tendió la mano hacia el fenómeno con ese atrevimiento que sacan las mujeres de la violencia de sus deseos; pero un sudor frío salió de sus poros, pues inmediatamente que hubo tocado al anciano, oyó un grito semejante al de una carraca. Aquella voz agria, si voz podía llamarse á aquello, brotó de una garganta casi seca, y después á aquel clamor sucedió una convulsiva tos de niño, de una sonoridad particular. Al oír aquel ruido, Marianina, Filipo y la señora de Lanty fijaron sus ojos en nosotros y sus miradas parecían rayos. La joven, que hubiese querido estar siete codos bajo tierra, tomó mi brazo y me llevó hacia un gabinete. Hombres y mujeres, todo el mundo nos abrió paso. Llegados al fondo de las habitaciones de recepción, entramos en un gabinete semicircular, y mi compañera, llena de espanto, sin saber donde estaba, se arrojó sobre un diván.

—Pero señora, ¿está usted loca?—le dije.

—¿Qué culpa tengo yo?—me contestó después de un momento de silencio durante el cual me entretenía en admirarla.—¿Por qué permite la señora de Lanty que los aparicidos anden por su palacio?

—Vamos, no imite usted á los tontos—le respondí;—usted toma á un anciano por un espectro.

—Cállese usted—replicó ella con ese aire imponente que tan bien saben emplear todas las mujeres cuando quieren tener razón.—¿Qué gabinete más bonito!—exclamó mirando en torno suyo.—El satén azul siempre da excelente juego. ¡Qué fresco es! ¡Ah, qué cuadros más hermosos!—añadió levantándose y encaminándose hacia un cuadro provisto de un magnífico marco.

Ambos permanecemos un instante contemplando aquella maravilla, que parecía debida á un pincel sobrenatural. El cuadro representaba á Adonis tendido sobre una piel de león.

La lámpara suspendida del techo iluminaba aquella tela con una luz suave que nos permitió apreciar todas las bellezas del cuadro.

—¿Existe un ser tan perfecto?—me preguntó, después de haber examinado con sonrisa de contento la gracia exquisita de los contornos, la postura, el color y los cabellos del Adonis.—Es demasiado guapo para hombre—añadió después de un examen semejante al que habría hecho tratándose de una rival.

¡Oh! ¡cómo sentí yo entonces los ataques de esos celos en que un poeta había intentado en vano hacerme creer! Los celos de los grabados, de los cuadros, de las estatuas, donde los artistas exageran la belleza humana, movidos por la doctrina que los inclina á idealizarlo todo.

—Es un retrato debido al talento de Vien—le respondí.—Pero este gran pintor no ha visto nunca el original, y su admiración será menos grande tal vez, cuando sepa que esta figura ha sido copiada de una estatua de mujer.

—¿Pero quién era esa mujer?
Yo titubee.

—Quiero saberlo—se apresuró á decirme.

—Creo—le dije—que ese Adonis representa á un... un pariente de la señora de Lanty.

Tuve el dolor de verla sumida en la contemplación de aquella figura. Se sentó después en silencio y yo me puse á su lado y le cogí la mano sin que ella se apercibiese. ¡Olvidado por un retrato! En aquel momento el ligero ruido de los pasos de una mujer resonó en el silencio y vimos entrar á la joven Marianina, más espléndida aun con su expresión de inocencia que con su gracia y con su elegante traje. La joven caminaba entonces lentamente, dando el brazo con un cuidado maternal, con filial solicitud, al espectro vestido que nos había hecho huir del salón de música, y conduciéndole y mirándole con una especie de inquietud. Ambos llegaron con bastante trabajo á una puerta oculta tras una cortina, y una vez allí, Marianina llamó muy despacio. Inmediatamente apareció como por encanto un hombre alto y seco, especie de genio familiar. Antes de confiar el anciano á aquel guardián misterioso, la joven besó respetuosamente el cadáver ambulante, y su casta caricia no estuvo exenta de ese gracioso mimo cuyo secreto pertenece á algunas mujeres privilegiadas.

—Addio, addio!—decía Marianina dando cariñosas inflexiones á su fresca voz.

Y al mismo tiempo, en voz baja volvió á repetir un tercer addio con gorgoritos que parecían denotar la efusión de su corazón. El anciano, herido de pronto por algún recuerdo, permaneció en el umbral de aquel secreto reducto, y entonces, gracias á un profundo silencio, oímos el hondo suspiro que salió de su pecho, se quitó la sortija más hermosa que adornaba sus dedos de esqueleto y la colocó en el seno de Marianina. La loca joven se echó á reír, tomó el anillo, se lo puso sobre el guante en uno de los dedos y corrió apresuradamente hacia el salón donde resonaban en aquel momento los preludios de una danza. Marianina nos vió, y poniéndose roja como la grana exclamó:

—¡Ah! ¡estaban ustedes ahí!

Y después de habernos mirado como para preguntarnos, corrió á buscar su pareja con la indiferencia propia de su edad.

—¿Qué quiere decir esto?—me preguntó mi compañera.

—¿Es su marido? ¡Yo creo soñar! ¿Dónde estoy?

—¡Usted, señora!—le respondí,—usted que comprendiendo admirablemente las emociones más imperceptibles sabe cultivar en un corazón de hombre el más delicado de los sentimientos, sin marchitarlo, sin herirlo desde el primer día, usted que se compadece de las penas del corazón y que al talento de una parisiense une un alma apasionada digna de Italia ó de España...

Como viese que mi lenguaje respiraba amarga ironía, me interrumpió para decirme:

—¡Oh! me hace usted á su gusto. ¡Singular tiranía! usted desea que yo no sea yo.

—¡Oh! yo no deseo nada—exclamé, asustado de su actitud severa.—¿Es cierto al menos que le gusta á usted oír la historia de esas enérgicas pasiones inspiradas en nuestros corazones por las divinas mujeres del mediodía?

—Sí; ¿por qué?

—Porque entonces mañana, á eso de las nueve de la noche, iré á su casa y le revelaré este misterio.

—No—me respondió con aire mimoso,—quiero saberlo todo en seguida.

—Usted me dice *quiero*, pero aun no me ha dado derecho á obedecerla.

—En este momento tengo un vivo deseo de conocer su secreto, y mañana tal vez no le prestaría oídos—me respondió con desesperante coquetería.

Dicho esto se sonrió y nos separamos: ella siempre tan altiva y tan ruda; yo tan ridículo en aquel momento como siempre. Tuvo ella la audacia de bailar con un joven ayudante de campo, y yo me enfadé, al mismo tiempo que la admiraba amoroso y lleno de celos.

—Hasta mañana—me dijo á eso de las dos de la madrugada cuando salió del baile.

—No iré, y te abandono—pensé para mis adentros.—Tal vez eres mil veces más caprichosa y más fantástica que mi imaginación.

Al día siguiente, estábamos ante un buen fuego en un elegante saloncito, sentados ambos, ella en una otomana y yo sobre unos cojines, casi á sus pies, con mi vista fija en la suya. La calle estaba silenciosa. La lámpara despedía suave claridad. Era aquella una de esas veladas deliciosas para el alma, uno de esos momentos que no se olvidan nunca, una de esas horas transcurridas en medio de la paz y del deseo, cuyo recuerdo nos sirve después de pena, aun cuando seamos más felices. ¿Quién puede borrar la viva huella de las primeras entrevistas del amor?

—Vamos—dijo ella,—ya escucho.

—Pero no me atrevo á empezar, porque la aventura tiene pasajes peligrosos para el narrador, y, si me entusiasmo, va usted á hacerme callar.

—Hable usted.

—Obedezco. Ernesto Juan Sarrasine era hijo único de un procurador del Franco-Condado—repuse después de una pausa.—Su padre había ganado lealmente de seis á ocho mil francos de renta, fortuna que antaño pasaba en provincias por colosal. El anciano Sarrasine, que no tenía más que un hijo, no quiso ahorrar nada para su educación, pues esperaba al nieto de Mateo Sarrasine, labrador de Saint-Dié, sentado en lirios y durmiendo en la audiencia para mayor gloria del parlamento; pero el cielo no reservaba esta alegría al procurador. El joven Sarrasine, confiado desde su más tierna edad á los jesuitas, dió pruebas de una travesura poco común, tuvo la infancia de un hombre de talento, no quería estudiar más que lo que se le antojaba, se sublevaba fre-

cuentemente, y permanecía á veces horas enteras, sumido en confusas meditaciones, ocupado tan pronto en contemplar á sus compañeros cuando jugaban como en representarse los héroes de Homero. Por otra parte, si le daba por divertirse, empleaba en sus juegos un ardor extraordinario, y cuando luchaba con algún compañero, rara vez terminaba el combate sin que hubiese sangre. Si era el más débil, mordía. Tan pronto turbulento como tranquilo, inepto ó demasiado inteligente, su extraño carácter contribuyó á que fuese tan temible para sus maestros como para sus compañeros. En lugar de aprender los elementos de la lengua griega, retrataba al reverendo padre que les explicaba un pasaje de Tucídides, bosquejaba al profesor de matemáticas, á los párvulos y al corrector, y embadurnaba todas las paredes con informes bocetos. En lugar de cantar las alabanzas al Señor en la iglesia, se divertía durante los oficios en despedazar un banco, ó cuando había robado algún pedazo de madera esculpía algún santo. Si le faltaban la piedra, la madera ó el lápiz, empleaba la miga de pan, ya copiando los personajes de los cuadros que adornaban el coro, ó ya improvisando, es lo cierto que siempre se encontraba en el sitio ocupado por él, toscos bocetos cuyo carácter desesperaba á los padres más jóvenes, mientras que los más viejos sonreían, según decían los malévolos. En fin, si hemos de dar crédito á las crónicas del colegio, fué expulsado por haber esculpido un pedazo de madera, en forma de Cristo, un día de viernes santo, mientras esperaba el turno para confesarse. La impiedad grabada en aquella estatua era demasiado grande para que no valiese un castigo al artista. ¿No había tenido la audacia de colocar en lo alto del tabernáculo aquella figura, un tanto cínica? Sarrasine fué á buscar en París un refugio contra las amenazas de la maldición paterna, y como hombre dotado de una de esas voluntades fuertes que no conocen obstáculos, obedeció á las órdenes de su genio y entró en el taller de Bouchardon, donde trabajaba durante el día, yendo por la noche á mendigar su subsistencia. Bouchardon, maravillado de los progresos y de la inteligencia del joven artista, no tardó en adivinar la miseria en que se hallaba su discípulo y acto continuo le socorrió, y más tarde le tomó cariño y le trató como si fuese su hijo. Cuando el genio de Sarrasine se dejó ver en una de esas obras en que el talento futuro lucha con la efervescencia de la juventud,

el generoso Bouchardon procuró reconciliarle con el anciano procurador. Ante la autoridad del célebre escultor, la ira paterna se apaciguó y Besançon entero se felicitó de haber sido cuna de un futuro grande hombre. En el primer momento de éxtasis en que le sumió su halagada vanidad, el avaro procurador puso á su hijo en condición de frecuentar decentemente el mundo. Los largos y laboriosos estudios exigidos por la escultura domaron durante algún tiempo el carácter impetuoso y el genio salvaje de Sarrasine. Bouchardon, previendo la violencia con que las pasiones se desarrollarían en aquella alma joven, tal vez tan vigorosamente templada como la de Miguel Angel, empleó sus energías en continuos trabajos y logró mantener en sus justos límites la fogosidad extraordinaria de Sarrasine, prohibiéndole que trabajase y proponiéndole distracciones cuando le veía arrastrado por la furia de algún pensamiento, ó confiándole importantes trabajos en el momento en que le veía dispuesto á entregarse á la disipación. Pero para aquella alma apasionada, el cariño fué siempre el arma más poderosa, y si el maestro logró ejercer gran imperio sobre el discípulo fué gracias á haber empleado con él una bondad paternal. A la edad de veintidós años, Sarrasine se vió privado de la saludable influencia que Bouchardon ejercía sobre sus costumbres y sobre su carácter, pues sus trabajos le valieron el premio de escultura fundado por el marqués de Marigni, el hermano de la señora Pompadour que tanto hizo por las artes. Diderot alabó como una obra maestra la estatua del discípulo de Bouchardon, y el escultor del rey vió partir con profundo dolor para Italia al joven á quien había procurado mantener en la mayor ignorancia acerca de las cosas de la vida. Sarrasine hacía seis años que era comensal de Bouchardon. Fanático por su arte como lo fué Canova después, se levantaba al amanecer, entraba en el taller para no salir hasta la noche y vivía solo con su musa. Si iba á la Comedia francesa, lo hacía arrastrado por su maestro; mas se sentía tan molesto en casa de la señora Geoffrin y en el gran mundo en que Bouchardon intentó introducirle, que prefirió permanecer solo y repudió los placeres de aquella época licenciosa. No tuvo más queridas que la escultura y Clotilde, una de las celebridades de la Opera, y aun esta intriga duró muy poco: Sarrasine era bastante feo, iba siempre mal vestido, y era por naturaleza tan libre y tan poco regular en su vida

privada, que la pobre ninfa temiendo alguna catástrofe, no tardó en abandonar al escultor en su amor á las artes. Sofia Arnould tuvo no sé qué buena salida acerca de este punto, y creo que se asombró de que su compañero pudiese distinguirse en la escultura. Sarrasine partió para Italia el año 1758. Durante el viaje su ardiente imaginación fué excitada por los ardores del clima y por la vista de los maravillosos monumentos de que está cuajada la patria de las artes. Admiró las estatuas, los frescos, los cuadros, y lleno de emulación se trasladó á Roma en alas del deseo de inscribir su nombre entre los de Miguel Angel y Bouchardon. Durante los primeros días repartió el tiempo entre sus trabajos de taller y las obras de arte que abundan en Roma, y había pasado ya quince días en el estado de éxtasis que se apodera de todas las imaginaciones jóvenes con la vista de la reina de las ruínas, cuando una noche entró en el teatro de Argentina, ante el cual se agrupaba una gran multitud. Trató de enterarse de las causas de aquella afluencia, y la gente le contestó pronunciando estos dos nombres: ¡Zambinella! ¡Jomelli! El joven escultor entra y ocupa un asiento que afortunadamente estaba bastante próximo á la escena. Se levantó el telón. Por la primera vez en su vida oyó esa música cuyas delicias alabó tan elocuentemente Juan Jacobo Rousseau durante una velada en casa del barón de Holbach. Los sentidos del joven escultor fueron, por decirlo así, lubricados por los acentos de la sublime armonía de Jomelli. Las lánguidas originalidades de aquellas voces italianas hábilmente concertadas le sumieron en un éxtasis arrebatador, y permaneció mudo é inmóvil sin sentirse pisoteado por dos curas. Su alma salió de su cuerpo por sus oídos y por sus ojos, y creyó escuchar por cada uno de sus poros. De pronto una salva de aplausos que parecía próxima á derrumbar la sala acogió la entrada en escena de la *prima donna*, la cual avanzó con coquetería hasta el proscenio y saludó al público con infinita gracia. Las luces, el entusiasmo de todo un pueblo, la ilusión de la escena y los prestigios de un rizo dorado, que en aquella época resultaba bastante incitante, conspiraron en favor de aquella mujer. Sarrasine lanzó gritos de placer, pues admiraba en aquel momento la belleza, ideal cuyas perfecciones había buscado hasta entonces aquí y allá en la naturaleza, sacando de un modelo, á veces innoble, las redondeces de una pierna, en